

jado, ó bien si no abdicando Maximiliano, los Generales Miramón y Márquez no se hubieran hecho una guerra desastrosa para los intereses de la causa que defendían. La salvación la debió Juárez simplemente á su estrella favorita, la casualidad, pues hizo todo lo posible para que el triunfo militar correspondiese á los imperialistas.

CAPÍTULO VII

LA JUSTIFICACIÓN DE NAPOLEÓN III.

Napoleón III retiró sus fuerzas de México á causa de la resistencia tenaz del grupo intransigente y heroico de republicanos que combatió sin cesar al Imperio; las retiró acosado por la opinión del pueblo francés, siempre opuesto á una empresa que no le presentaba más que aspectos insensatos; las retiró por la intimación arrogante y enérgica de los Estados Unidos, reprobando toda intervención europea en los asuntos políticos de América, y por último, las retiró convencido de que los sacrificios que hacía Francia eran infinitos, si se atiende á que aparecían nulos los beneficios que la nación francesa debía esperar del trono mexicano.

Como no es posible estimar con balanzas de precisión, la parte que en la resolución de Napoleón III de retirar sus fuerzas de México, tuvo cada una de las causas que la impusieron, hay que aceptar el concepto universal de que la más importante de ellas, la decisiva, la apremiante, la irresistible,

fué la determinación inexorable de los Estados Unidos de acabar en México con la política del gobierno francés, á la que debían amenazas y humillaciones por su acción durante la guerra entre esclavistas y unionistas. El error enorme de Napoleón fué no haberse desprendido del negocio mexicano, como lo deseaba y como le convenía, antes que los Estados Unidos se lo impusiesen. Mas una vez cometida la falta, era preciso aceptar la humillación y devorarla. Corregirla por el estúpido crimen de llevar á Francia á una guerra con los Estados Unidos, hubiera colocado á Napoleón en el último rango de los imbéciles y de los malvados.

Maximiliano no supo apreciar esta solución inmutable de la cuestión mexicana. Sobrepasando su obcecación los límites más amplios de la necedad, pretendía que Napoleón III sacrificase en América á la nación que gobernaba y que la dejase desarmada ante la Europa agresiva. ¿Suponía Maximiliano, no obstante ser un príncipe europeo é instruído, que Napoleón era un autócrata perfecto, como los que suele producir la América Latina? Aun cuando así fuese, la más infeliz de las Repúblicas Latino-Americanas no habría consentido á su más feroz cacique, sacrificarla completamente por sostener á dos mil leguas de distancia el trono de un príncipe extranjero, indiferente, antipático ó desconocido para la nación que se pretendía

inmolar. El pueblo francés del siglo XIX inspiraba mucho respeto á todos sus gobiernos y bastaba para la pérdida de Napoleón un movimiento demasiado brusco, una exigencia demasiado fuerte, un programa un poco insensato. Una conducta regularmente despótica y desatinada era suficiente para hacerlo caer con la facilidad con que habían caído los cuatro gobiernos anteriores.

La mayoría de los escritores que se ocupan del Imperio mexicano, se irritan de que Napoleón III haya abandonado á Maximiliano y lo hacen responsable de la ejecución en el Cerro de las Campanas. Si Napoleón hubiera abandonado á Maximiliano por capricho ó por dañarlo, el reproche sería merecido; pero no siendo posible negar que Napoleón estuvo obligado á elegir entre retirar sus fuerzas de México ó aniquilar á Francia en una guerra con los Estados Unidos y á su propia dinastía, el abandono de Maximiliano fué un deber sagrado, porque todo gobernante debe violar sus compromisos personales si su cumplimiento conduce á la nación que gobierna á su ruina ó le impone costosísimos sacrificios en sangre, dinero y honra.

El tratado de Miramar no fué presentado al Senado francés; no recibió la sanción de Francia, legal ni de ninguna clase; fué un compromiso personal. Y Napoleón hubiera hecho bien en violar mil veces el compromiso personal de sostener in-

definidamente á Maximiliano, sin límites en los sacrificios de Francia, compromiso que jamás existió, antes de conducir á Francia á su pérdida y desmembramiento.

¿ Ignoraba Maximiliano que todos los compromisos personales de los soberanos son y deben ser condicionales? Un soberano puede y debe responder de sus compromisos personales con sus intereses personales; pero ni la moral, ni la política, ni las leyes admiten que un soberano deba responder por sus compromisos personales con los intereses nacionales. En tiempo del absolutismo existía invariable la palabra del rey. Cuando las naciones han dejado de ser una propiedad absoluta de los reyes, no puede existir la inmutable palabra del rey. Napoleón comprometió á Francia en sus proyectos personales; obtuvo el consentimiento de Francia para el objeto ostensible de la expedición de México y éste nunca fué sostener indefinidamente á Maximiliano en tiempo y sacrificios. Tampoco fué éste el compromiso personal y privado de Miramar y ya he dicho y probado, además, que el tratado de Miramar fué roto por Maximiliano, á causa de no haber llenado las obligaciones que le correspondían.

Otros escritores han dicho : si Napoleón III, les habla recio á los Estados Unidos, éstos hubieran dejado su impertinencia y retirado sus pretensiones dejando tranquilos á Napoleón y al Imperio mexi-

cano. Esta afirmación tan grave exige, más que ninguna, pruebas concluyentes. — ¿Cuándo han sido presentadas? ¡Nunca! La plutocracia americana no quería la guerra; pero tampoco quería la intervención francesa en México. El pueblo americano quería lo mismo que el ejército, la retirada de los franceses de México aun á costa de la guerra, ó más bien dicho, deseaba la guerra para vengar las ofensas que la política de Napoleón le había impuesto durante la guerra de secesión. La plutocracia encontraba imposible admitir el derecho de intervención armada de Europa en América y quería aplazar la guerra hasta que la reconstitución nacional fuese completa y reparadas las más grandes brechas financieras abiertas por la guerra civil. El pueblo y el ejército estaban por la guerra inmediata. Estos hechos públicos é innegables no pueden probar que si Napoleón habla recio hubiera pisoteado impunemente la doctrina Monroe.

Pero Francia tampoco quería la guerra con los Estados Unidos; comprendía los sacrificios inmensurables que debía hacer y comprendía también que la victoria no quedaría de su lado. El pueblo francés hubiera ido á la guerra solamente si su honor hubiera sido seriamente atacado. Pero la simple probabilidad de un choque tremendo y mortal con los Estados Unidos por sostener una

aberración de su gobierno, había aumentado considerablemente la antipatía del pueblo francés por la expedición de México. Don José Hidalgo, Ministro de Maximiliano en París, escribía al gobierno de Maximiliano en Enero de 1865, tres meses antes del triunfo definitivo del partido de la unión de los Estados Unidos : « Hace la oposición (la prensa francesa) pidiendo la vuelta del ejército y apareciendo como que teme una complicación con los Estados Unidos el día que hagan la paz. No debo ocultar que este último argumento, se me presenta aquí día por día, por multitud de personas que no me cabe duda nos son favorables, pero que temen también ver á Francia empeñada en una lucha gigantesca y altamente impopular aquí, más aún porque no se tiene fé alguna en la alianza de Inglaterra (1). »

Y si las personas favorables al Imperio mexicano, querían antes de que terminase la guerra en los Estados Unidos la evacuación de México, para evitar una guerra gigantesca, altamente impopular, la presión del pueblo francés contra su gobierno debió de haber sido inmensa después del triunfo completo del Norte en los Estados Unidos. Es seguro que no quedó al Imperio mexicano ni una persona favorable, y con justicia, después de la

(1) Juan de Dios Arias, *Reseña del Ejército del Norte*, pág. 251.

toma de Richmond. Para los Estados Unidos era fundamental, lógico, necesario, de interés práctico, no permitir á la Europa hacer conquistas en América. Para Francia no era de interés práctico, ni teórico, ni de ninguna clase, ni necesario, ni superfluo mantener una guerra costosa en México por una causa, que en realidad no era más que una estupidez. A Francia le hacía honor ceder, porque nunca había visto con favor la intervención de México; le hacía honor obligar á su gobierno á que diese fin con una empresa que nadie aprobaba después de la reconstrucción de los Estados Unidos; por último, le hacía honor no colocar toda su fortuna cuando ganando, lo que era imposible, no podía obtener más que nuevas calamidades.

Creo que no hay ejemplo en la historia de una obcecación igual á la de Maximiliano y sus partidarios, para no haber notado la imposibilidad de que Napoleón se pusiera en pugna abierta con el pueblo francés, con la existencia de su dinastía, con la tranquilidad de la Europa y con el formidable poder de los Estados Unidos, por sostener un convenio personal caduco para sostener un imperio mexicano sin elementos racionales de vida. La plutocracia americana mientras aplazaba la guerra, respetando el derecho de gentes, pedía proporcionarle dinero suficiente á Juárez para or-

ganizar y sostener una campaña formidable con fuerzas mexicanas. ¿Con qué dinero contaba Maximiliano para sostener sus fuerzas? ¿Con el de Francia? El Cuerpo Legislativo estaba resuelto á no dar un peso más, ni el pueblo francés á consentirlo, ni Napoleón á solicitarlo.

Veintiocho mil franceses, sin ayuda de fuerzas mexicanas, no podían bastar á cubrir el país y tenían que perecer poco á poco por las enfermedades, la fatiga, la desertión y los combates. Maximiliano quería el envío de más fuerzas, pero nadie puede afirmar que Napoleón estaba obligado á ello y que Francia lo hubiera permitido. ¡Qué espantoso programa para Napoleón, entregar al ejército de México á la consunción lenta de una guerra interminable, hasta el momento en que las fuerzas liberales fogueadas por la campaña y disciplinadas, hubieran dado grandes batallas capaces de acabar con el prestigio militar francés y obligando en consecuencia á Napoleón á enviar considerables refuerzos, lo que equivalía á declarar la guerra á los Estados Unidos!

*
**

Tampoco es cierto que Napoleón III haya abandonado á Maximiliano. A tiempo le dijo que Francia jamás se había comprometido á sostenerlo

indefinidamente, que le daría ayuda para que se sostuviera, como era ya tiempo de que se sostuviese. Cuando Napoleón III vió que esto era imposible, le dijo leal y francamente que no siendo viable el Imperio, pues no son viables los gobiernos que para sostenerse necesitan de las bayonetas extranjeras indefinidamente, no le quedaba más recurso que abdicar. Napoleón dijo á Maximiliano; el gran enemigo del Imperio mexicano son los Estados Unidos, no he podido lograr á pesar de mis esfuerzos, y los hizo muy grandes, que reconozcan al gobierno imperial; la cuestión interior y la exterior están perdidas; hay que concluir con este negocio. A esto no se puede llamar abandonar á un aliado ni á un protegido. Hubiera habido abandono en el caso de que Napoleón se hubiese comprometido á sostener á Maximiliano indefinidamente y á pesar de la oposición que hicieran los Estados Unidos.

Si Maximiliano hubiera tenido el noble carácter que indebidamente se le atribuye, hubiera sido el primero en reconocer la necesidad de no lanzar á Francia á una guerra gigantesca á dos mil leguas de distancia, desarmándola ante Prusia, para hacerla derrotar en América. Napoleón III había cobrado á Maximiliano los gastos de la expedición, pero no las ocho mil vidas de franceses que hasta entonces costaba el trono mexicano. El Em-

perador de México debió haber sostenido por moralidad, las palabras que por nervosismo pronunció en Zoquiápan : « No quiero que por mi causa se derrame más sangre ». Desgraciadamente su sombría ambición lo había dispuesto todo admirablemente para que Márquez y Miramón lo convencieran de que eran capaces de derramar toda la sangre necesaria para calmar la ardiente sed del Archiduque para reinar.

El partido conservador sabía muy bien que la conservación de la armonía entre Maximiliano y los franceses, significaba la abdicación. El trabajo conservador fué magnífico como astucia, falsedad, perfidia para separar á Maximiliano de la sana influencia francesa respecto de sus intereses, que eran puramente personales, pues Maximiliano no representaba ninguna causa mexicana, ni francesa, ni humanitaria. El mejor medio de impedir que sintiera la acción salvadora del Mariscal Bazaine fué inculcarle que era su enemigo político y personal.

Subyugado Maximiliano por la obsesión morbosa de que Napoleón debía provocar una guerra con los Estados Unidos, el odio contra Francia lo agitaba y respondía á las insinuaciones que se le hacían para que abdicara, con la recriminación. A Fischer llegó á escribirle desde Querétaro : « Un proscrito que narrase exactamente las últimas in-

famias de los franceses (1) ». Y participaba al mismo tiempo al Profesor Bilimeck : « Por donde no había disidentes las poblaciones nos han hecho excelente acogida, suspirando por la paz y *maldecido* á los franceses (2) ». Y á su amigo Herzfeld, le decía : « Ya deberá Ud. saber á la hora de esta, como los franceses que á todo el mundo hacen feliz, abandonaron por fin á México... fuéronse de tapadillo, no como quien puede volver el rostro á la obra que tras sí dejó, sino como quien no se atreve á volverlo por temor de que se le arroje á la cara la inmundicia que marca sus huellas. Y así es la verdad, que sólo inmundicia dejaron y mucha (3) ». Cualquiera que fuese la conducta de los franceses en México, no tocaba al Archiduque examinarla, por haber sido siempre el cómplice y en muchos casos el instigador. Declarar que los franceses sólo inmundicia habían dejado en México, colocaba á Maximiliano en un puesto ignominioso, sobre todo si se atiende que mandó á París al Comandante Loysel con un informe á Napoleón, rogándole le mandara más franceses; recomendó á su Ministro Hidalgo pidiera á Napoleón más franceses; estuvo de acuerdo con la Emperatriz Carlota en sus felicitaciones al Mariscal Bazaine,

(1) Basch, pág. 148.

(2) Basch, pág. 154.

(3) Basch, pág. 198.